

XXIX Domingo ordinario  
Ciclo A  
18 de octubre de 2020

**“Den a Dios lo que es de Dios”**

Buenas tardes, hermanos y hermanas.

MUY buenas tardes.

!Que gusto verlos!

Gracias por estar aquí, en nuestra casa.

Hoy en el Evangelio se presenta la historia bien conocida de la moneda con la imagen y la inscripción del emperador. En esta los enemigos se la presentan a Jesús y le preguntan si es lícito pagar impuestos al César o no. Eran falsos y tramposos.

Los enemigos del Señor tratan de atraparlo. Pero es difícil imaginar dos grupos más opuestos entre sí que los fariseos y los herodianos. Los fariseos eran estudiantes devotos de las leyes judías, estaban profundamente resentidos por el hecho de que estaban bajo el dominio del Imperio Romano. Esperaron que el Mesías viniera y los librara de sus opresores extranjeros. Los herodianos, llamados así por Herodes, estaban menos preocupados por la práctica religiosa estricta, toleraban la ocupación romana pero querían que uno de los suyos gobernara la nación de Israel. Las dos bandas antagonistas se unen contra su enemigo común: Jesús. Ambos quieren públicamente cuestionar su autoridad docente y desacreditar su reputación.

Los fariseos le preguntan a Jesús: “¿Es lícito no pagar el tributo al César?” Aunque parece una pregunta sencilla, está diseñada para poner en evidencia a Jesús. Por un lado, si Jesús dice que “Es lícito pagar el tributo al César”, el Señor tendría problemas con la mayoría de los judíos porque consideraban, al que recauda los impuestos para los romanos, un traidor. Por otro lado, si Jesús dice: “No, no es lícito pagar impuestos al César”, podría ser acusado de iniciar una rebelión contra Roma y sería ejecutado. No parece que Jesús tenga una salida fácil. Parece que está entre la espada y la pared.

Pero la tajante respuesta de Jesús es sabia; les dice a los fariseos: “Enséñenme la moneda del tributo”. Los fariseos presentan a Jesús una pequeña moneda. Jesús mira la moneda y pregunta: “¿De quién es la imagen y la inscripción en esta moneda? Ellos responden: “Del César”. Entonces Jesús dice: “Den, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.” Estos enemigos, que son falsos y ci-za-ño-sos, no atraparon a Jesús. El Señor sabiamente no cayó en la trampa de contestar a la pregunta sobre el pago de impuestos con una respuesta de “sí o no”. Más bien, el Hijo de Dios contesta a su pregunta de doble forma: “Den, pues, al César el dinero, y den a Dios la vida”.

La respuesta de doble forma de Jesús ... a estos enemigos, a estos malos, a estos malintencionados, es decir estos cabras MUY grandes [pausa]... es sabia, ¿no les parece?

La respuesta de doble forma de Jesús es muy sabia para nosotros. Nos ayuda a no ser personas falsas, es decir a poner cara de santurriones, como los fariseos y los herodianos, cuando en realidad, a veces, somos como ellos.

Jesús nos pregunta cuáles son nuestras prioridades. Cuando Jesús dice: “Den, pues, al César lo que es del César” nos invita a respetar las autoridades civiles, ser buenos ciudadanos, pagar nuestras cuentas, trabajar duro por el salario que recibimos, obedecer las leyes, votar en las elecciones, etc. Pero, cuando Jesús dice, “Den a Dios lo que es de Dios.” Él nos recuerda que cuando Dios hizo al hombre y la mujer, los hizo a su imagen y semejanza y, nosotros le pertenecemos. Si pertenecemos a Dios, entonces debemos devolverle todo a Él a cambio.

Entonces, ¿qué significa entregarnos a Dios? Hermanos y hermanas, creo que significa darle a Dios todo lo que somos, no solo algunas partes de nuestras vidas, no solo una hora el domingo, no solo en ocasiones especiales. Pero, como hicieron los apóstoles que “dejaron todo” para seguir a Jesucristo, debemos desprendernos de todo y devolverlo todo a Dios.

“Den a Dios lo que es de Dios” comienza con cómo gastamos nuestro tiempo. ¿Oramos cada mañana, agradeciendo a Dios por un nuevo día? ¿Incluimos la Misa y la Sagrada Eucaristía, como una forma de alabar a Dios y ser nutridos con su Cuerpo y Sangre? ¿Oramos antes de las comidas, agradeciendo a Dios por los alimentos: por nuestros taquitos y por nuestros traguitos de tequila que nos ha dado para mantenernos sanos y fuertes? ¿Rezamos el Rosario juntos en familia pidiendo a la Santísima Madre que nos guíe hacia su Hijo? Cuando nos acostamos, ¿le pedimos al Señor que nos dé una buena noche de sueño?

“Den a Dios lo que es de Dios” también implica con quién compartimos nuestra vida. ¿Amamos a la familia? ¿A nuestros abuelos, abuelas, madres y padres, hermanos y hermanas, hijas e hijos? ¿Respetamos a nuestros amigos, nuestros cuates, vecinos y compañeros de trabajo? ¿Celebramos sus éxitos y les ayudamos si están en problemas? ¿Cómo tratamos a nuestros jefes y compañeros de trabajo? Si somos estudiantes, ¿escuchamos a nuestros maestros y respetamos a nuestros colegas de escuela?

“Den a Dios lo que es de Dios” también implica cómo hablamos y actuamos. ¿Respetamos el nombre de Dios, decimos la verdad y usamos palabras y acciones que ayudan a otras personas? ¿O tomamos el nombre del Señor en vano, y decimos mentiras o usamos nuestra lengua para chismear? Si es así, entonces, ¡No seamos chismosos, malas lenguas! (!Hijole!); y, no dañemos la reputación de otras personas. Preguntémonos: ¿guardamos rencor o perdonamos a la gente? ¿Nuestra naturaleza

orgullosa nos impide pedir perdón a otras personas y confesarnos para obtener el perdón y la absolución de Dios?

Los fariseos y herodianos eran falsos –más falsos que el beso de Judas– no se dieron cuenta de que todo viene de Dios. Pero, no seamos burros, ni nos hagamos tontos, podemos aprender de su error. Cuanto más meditemos en la frase “Den a Dios lo que es de Dios”, más nos daremos cuenta de que cuando más seguimos las enseñanzas de Jesús, más pacíficas y amorosas serán nuestras vidas en el futuro.